



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . Fr. 5.--
Otros países . . \$ 3.--

Las condiciones para ser un modelo

Exposición del Mensajero del Eterno

EL Señor conduce a su pueblo con una maravillosa benevolencia, y las promesas que le hace son sublimes. Estamos en una escuela admirable y las exhortaciones que recibimos son profundas y poderosas. Las condiciones requeridas son mostradas claramente, y los medios provechosos para tener éxito están puestos a nuestro alcance con una ternura infinita. Podemos tocar con la mano los magníficos resultados equivalentes cuando mantenemos y cumplimos las condiciones.

Una cosa esencial para alcanzar la meta propuesta, es la sinceridad. Es imprescindible que nos acostumbremos a llamar las cosas por su nombre, tanto en bien como en mal. Ya dijo Isaías: "Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo." Isaías 5: 2.

El apóstol Pablo dio preciosas recomendaciones en sus diversas epístolas. Entre otras cosas escribió a Timoteo: "Sé un modelo entre los fieles: en palabras, en conducta, en caridad, en fe y en pureza." Timoteo era un joven a quien el apóstol Pablo quería especialmente, porque había tenido la ocasión de ocuparse de él. Lo había rodeado de ternura y lo había estimulado mucho en los caminos divinos.

Por eso, por su lado, Timoteo le tenía mucho afecto al apóstol Pablo. Pablo se dirigía a Timoteo como a un hijo. En sus epístolas se nota que la mayor felicidad de Pablo era que Timoteo estuviera muy entusiasmado por el Reino, muy sumiso, muy obediente y flexible en los caminos divinos, honrándole así a él. Por eso le aconsejaba: "Sé un modelo."

Esa exhortación se aplica también a cada uno de nosotros. Por tanto, podemos hacernos la pregunta: "¿He sido yo un modelo en torno mío? ¿He estimulado a los que he contactado, cualesquiera que sean?: pues debemos procurar la bendición a todos los que contactamos, y no podemos hacerlo sino viviendo fielmente el programa divino.

Hay amigos entre nosotros que ya deberían ser modelos y maestros especializados, unas señas en la práctica del programa; fuentes abundantes de bendición y de consuelo, porque han seguido la escuela de Cristo desde hace mucho tiempo.

Pero, ¿qué vemos muy a menudo en lugar de un poder de vida y de estímulo? Se observan grandes lagunas, una debilidad extrema. A veces esos amigos, espiritualmente hablando, no son siquiera capaces de mantenerse sobre sus propios pies. Esto proviene simplemente de que no se ha sido fiel con lo que se ha recibido; así se producen obligatoriamente grandes dificultades.

Respecto a mí, si no viviera el programa di-

vino, podría estar completamente desanimado al ver todo lo que se manifiesta aún en el seno del pueblo de Dios, a pesar de todas las bendiciones y de todas las luces recibidas. En las estaciones especialmente, hay un trabajo fantástico a realizar. De veras, a veces habría para sentirse profundamente desolado y entristecido.

Pero, como me esfuerzo en seguir fielmente los consejos del Señor, me siento a pesar de todo más animado que nunca. Hago todo lo que puedo para estimular, confortar y consolar a mis hermanos y hermanas, y el Señor hace lo demás. En efecto, como lo dicen las Escrituras: "Que siga de pie o caiga un servidor, eso sólo importa a su Amo."

Lo seguro es que para ser fiel un servidor, tiene que ser un modelo; es esto que debe ocupar su pensamiento. Si tenemos este profundo deseo, y si lo hacemos pasar antes que todas las demás consideraciones personales, el Señor podrá bendecirnos, regocijarnos, consolarnos y vivificarnos maravillosamente. Seremos de aquellos que beben del arroyo en el camino y levantan la cabeza, porque los fortalece continuamente la gracia divina.

Es seguro que, para ser un modelo, es preciso observarnos continuamente, reconocer nuestras propias faltas y procurar corregirnos. Conviene juzgarse a sí mismo, no querer presentar como bien lo que está mal, sino ser consecuente con el programa divino. Si no procuramos corregirnos, tomamos la salvación por muy poca cosa, y no podemos ser un estímulo para los que nos rodean.

La salvación es la riqueza más excelente, la más sublime y la más preciosa que podamos recibir. ¿Qué destino tendríamos si no tuviéramos la inefable certeza de la salvación que nos es ofrecida en Jesucristo? David ya se dijo: "En maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre". Sal. 51: 5.

Por lo tanto, todo en nosotros es malo, desde la planta de los pies hasta la raíz de los cabellos. Estaríamos, pues, destinados a una completa y entera destrucción sin el sacrificio de Cristo, que hace brillar en nuestro camino la estrella de la esperanza.

¡Y de en medio de esos pobres seres humanos caídos y miserables el Señor se escoge a un pueblo que lleva su nombre, una nación santa, un real sacerdocio que no sólo hereda la vida eterna, sino la inmortalidad de la naturaleza divina! ¡Es algo prodigioso!

Cuando reflexionamos en ello, nos sentimos incapaces de sondear toda la profundidad del amor divino, que puede realizar una obra tan grandiosa. Comprendemos así qué obra de pu-

rificación debe realizarse en el corazón de los que son llamados a una tan alta y tan maravillosa vocación. Se necesita por cierto el fuego del fundidor para lograrla.

Cuando extraen el oro de la tierra, está mezclado con toda clase de elementos extraños. Para separarlos, someten el oro a un calor muy grande, que lo pone en estado de fusión. Entonces todos los elementos extraños y las escorias suben a la superficie, se eliminan, y el oro aparece en toda su pureza.

Para nosotros, espiritualmente, debe producirse la misma operación. Cuantos más elementos extraños al Reino de Dios haya en nosotros, más habrá que eliminar. Esto es un gran trabajo, y es evidente que es muy facilitado por el calor del homo, porque activa la eliminación de los elementos extraños.

Sin embargo, si somos muy dóciles y si trabajamos activamente nosotros mismos en su eliminación, el trabajo será grandemente facilitado y el fuego no tendrá que ser tan ardiente. Esto depende mucho de nosotros y de la buena voluntad que ponemos en someternos al proceso de purificación.

La meta por alcanzar es ser un modelo. Para esto es preciso ejercitarnos en vivir solamente para el bien y para la bendición de nuestro prójimo. Debemos, pues, separarnos absolutamente del pecado. La virtud nos hace vivir, mientras que el pecado nos hace morir.

Si nos separamos voluntariamente de todo lo que es malo en nosotros, no tendremos necesidad de espantosas tribulaciones, y podremos cambiar rápidamente de carácter. Nuestros progresos serán un inmenso estímulo para los que nos observan y les daremos así un buen testimonio.

El que no quiera trabajar en su propia salvación, tropieza desde luego con pruebas de fondo que vienen a sondearlo; se encuentra entonces acorralado a situaciones que a pesar de todo le obligan a dejar operarse la talla. Es entonces muy doloroso porque no se ha hecho a tiempo lo necesario.

El profeta Malaquías dijo que el Señor sería como el fuego del fundidor, como la potasa de los bataneros. Eso significa mucho; pues el que ha tenido la ocasión de emplear la potasa cáustica sabe muy bien de qué se trata.

Sin embargo, no quiero decir de ningún modo que sea el Señor quien maneja el látigo o el garrote para llamarnos al orden o para hacernos avanzar, sino que son las circunstancias que se encargan de hacerlo. Los toques de atención vienen automáticamente. Esos nos afectan fuertemente porque no nos hemos preparado en el momento oportuno. Pero, si nos dejamos

purificar, a medida que se presenten las experiencias diarias, todo se realiza con gran facilidad.

Basta con llevar el yugo del Señor. El nos dice que su yugo es suave y ligera su carga, y ésta es la verdad. Si somos obedientes, estaremos constantemente en la alegría, porque podremos sentir la comunión divina y la poderosa ayuda que nos viene mediante el espíritu de Dios, el aceite de gozo y de consuelo. Entonces nos sentimos continuamente abastecidos y no experimentamos nunca cansancio.

El Señor nos hace comprender con toda clase de instrucciones, de exhortaciones y de ejemplos, cuanto apremia que nos pongamos a vivir íntegramente el programa divino. Si no queremos escuchar, acabaremos por encontrarnos un día ante el arreglo de cuentas definitivo, y no tendremos con qué pagar. Pero habremos sido debidamente advertidos.

Sólo debemos adherirnos a los caminos del Eterno, porque son los únicos que cuentan. Si nos apegamos a quien sea, o a alguna cosa más que a los caminos del Eterno, quedaremos amargamente decepcionados.

Lo más importante es que podamos conservar la fe hasta el fin. Para esto es menester que no esté dividido nuestro corazón y que nuestro discernimiento no sea malo. Y ahora podemos hacernos la pregunta: Si la casa en la cual moramos, y donde estamos tan bien alojados, fuera destruida, ¿es que nuestra fe naufragaría con la casa?

¿Tendríamos siempre la misma certidumbre de que todo lo que nos sucede es para nuestro bien? En efecto, recordemos que nuestro refugio no es una casa, ni una estación, ni cualquier otra cosa. Nuestro refugio es el Eterno, y no podemos encontrar protección segura en ninguna otra parte. Es preciso, pues, que pongamos toda nuestra confianza en el Eterno y que obremos en consecuencia.

Exhorto a todos mis queridos hermanos y hermanas con mucha seriedad, para que hagan lo necesario mientras todavía hay tiempo, porque toda mi felicidad es que cada uno pueda triunfar en la carrera que ha emprendido. Si hay un poco más o un poco menos de calor que soportar, poco importa, lo esencial es que alcancemos la meta.

Para alcanzar el objetivo es menester cambiar de carácter y llegar a ser un verdadero hijo de Dios, lo que quiere decir hacer a un lado toda hipocresía y ser un modelo. Yo veo todas las lagunas que se manifiestan, en nuestras estaciones especialmente. A pesar de todo, tengo paciencia y amo a cada uno.

Considero las cosas bajo un aspecto muy diferente que el de los seres humanos en general. Veo los buenos lados, los bellos rasgos de carácter, los esfuerzos hechos, y quisiera que todo eso pudiera valorizarse, porque cada uno tiene buenos lados. Pero es indispensable valorizarlos, desembarazarnos de todos los malos rasgos y acostumbraarnos a solucionar todas las cosas a la manera divina.

El que tiene galones de antigüedad ha de ser el más excelente modelo, y los demás han de poder dirigir sus miradas hacia él. El Ejército del Eterno debe poder dirigir sus miradas con gozo hacia los que corren la carrera del alto llamado.

Es muy peligroso escandalizar a un miembro del Ejército del Eterno. En las Escrituras se dice del "que escandalizara a uno de estos pequeñitos, que le valiera más para él que se le atare al cuello una piedra de molino y se

le arrojara al mar donde está más profundo." Está escrito también: "Si tu ojo fuera para ti ocasión de caer, sácatelo: si tu brazo te hace caer, córtatelo, porque vale más entrar en el Reino con un ojo o un brazo que ser echado fuera con todos los miembros".

En efecto, esta es la verdad; pero es increíble la inconsecuencia que hay aún en medio de nosotros. Cada uno puede equivocarse, y tener debilidades, pero es menester recobrar y hacer progresos. Cada uno puede y debe convertirse en un modelo. Esto necesita conducirnos de una manera muy distinta a la del mundo.

Y, sin embargo, debo decir que he visto a gentes del mundo conducirse mucho mejor que ciertos amigos en nuestras estaciones. Conviene que cada uno se examine imparcialmente, para que pueda reconocer toda su pobreza personal. Si solamente examinamos y escudriñamos a nuestro prójimo, estamos inclinados a juzgarle duramente; pero luego para duro hay otro duro, y somos siempre pagados con la misma moneda.

El objetivo que está delante de nosotros, es llegar a ser modelos. Como lo he dicho, cada uno puede lograrlo en su radio de acción, grande o pequeño. Cada uno puede ser agradecido, cada uno puede ser feliz, lleno de gratitud por cada benevolencia que le prodiguen. Esto estimula a otros al bien.

En cambio, si reclamamos continuamente, si no estamos nunca contentos, si siempre fruncimos el ceño, somos todo excepto un modelo y un poderoso estímulo. El apóstol Pablo escribió a Timoteo: "Sé un modelo para los fieles, en palabras." Para esto se trata de cumplir con lo que hemos prometido.

A menudo yo me adelanté, prometí algo, y después me dije: "Ahora se trata de mantenerlo, puesto que lo has prometido." A veces era fastidioso y difícil cumplirlo, y esto me enseñó a ser mucho más prudente en mis palabras.

Timoteo fue también exhortado a ser fiel en conducta y en caridad. En efecto, hemos de usar de gran benevolencia y de mucha caridad hacia cada uno, sin dejar de considerar acertadamente las cosas, pero manifestando siempre paciencia, bondad y dulzura.

Nuestros hermanos y hermanas podrán así encontrar siempre en nosotros consoladores, que nunca hacen reproches, sino que procuran cubrir, ayudar y rehabilitar; sin dejar de considerar como mal lo que es mal, y como bien lo que es bien.

El apóstol Pablo dice también: "Un modelo de fe." Por tanto, se trata de mantener nuestra fe bien enraizada, a pesar de las dificultades que puedan sobrevenir. Es preciso contar con el Señor y no dejarnos nunca invadir por el temor ni por la duda. Para esto es preciso renunciar a sí mismo y vivir las condiciones impuestas. Entonces nuestra fe se desarrolla magníficamente, y nuestra seguridad se hace inconmovible.

En efecto, estamos seguros de que, cualesquiera que sean las dificultades actuales que reinan en el mundo, el fuego del fundidor será suficiente para hacer fundir todo lo que ha de ser fundido; hará desaparecer todo lo que está destinado a desvanecerse, para dejar lugar libre al establecimiento del Reino de Dios.

Es preciso también ser un modelo en pureza; la conseguiremos purificando nuestros corazones en contacto con la gracia divina y con la práctica de los caminos del Señor.

Es necesario que logremos perdonar, aun a nuestros enemigos, y de todo corazón. Esto no es fácil, porque se necesita ejercicio y mucha buena voluntad. En efecto, hay excusas innu-

merables que se yerguen ante nosotros para no perdonar.

Muy pronto tenemos tendencia a pensar: "Vuelve a empezar siempre, nunca cambia, es lo mismo cada día, merecería que le digan lisa y llanamente las verdades", etc. No debemos dejarnos influenciar por esas insinuaciones del adversario, sino mantenernos siempre en la línea recta, la regla de oro que nos presenta nuestro querido Salvador.

Si hemos hecho un pacto con el Eterno en el sacrificio, debemos mantener fielmente nuestra palabra. Si hemos contraído el pacto del Ejército del Eterno, debemos igualmente mantenerlo, y esto requiere llenar las condiciones correspondientes.

Sobre todo, tenemos que ser un modelo. Es preciso conducirnos de conformidad con nuestros hermanos y hermanas; es indispensable que puedan encontrar en nosotros la estabilidad en la fe, las palabras, la conducta, la caridad y la pureza.

¡Cuán consolador es tener que ver con alguien que esté siempre bien dispuesto, siempre gozoso, siempre abnegado, con quien se pueda contar tanto en los buenos como en los malos momentos; con alguien siempre deseoso de ayudarnos de la buena manera, no con adulaciones, sino con la verdad unida a la bondad! En cambio, alguien que se complace en oír nuestras quejas acerca de nuestro prójimo, no es nuestro verdadero amigo; tampoco es un modelo.

Para ser un modelo y un verdadero amigo, es preciso taparnos los oídos para no oír propuestas sanguinarias, aun si es un amigo muy querido que nos las comunica. Debemos cerrar nuestros ojos para no ver el mal, poner nuestras manos en la espalda para no recibir un presente desfavorable contra nuestro hermano. Al obrar así, somos un maravilloso estímulo para los que nos rodean.,

Por lo tanto, queremos contar con el Eterno, confiarnos a Él y procurar ser un modelo, con su apoyo. Al esforzarnos en realizar este programa, nos fortaleceremos en la fe y podremos ser capaces de resistir a todas las tormentas que sobrevengan.

Así podremos dar gloria al Eterno en todas las circunstancias y en todas las ocasiones. Como nos lo promete el Señor, después de que hayamos padecido un poco de tiempo, nos fortalecerá y afirmará definitivamente.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos sido un ejemplo de humildad, de bondad y de amor fraternal?
2. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en la sinceridad y nuestras victorias sobre la presunción la tibieza y el egoísmo?
3. ¿Hemos sido una fuente de estímulo, de consuelo, dando el ejemplo de la modestia, y del espíritu de familia?
4. ¿Hemos podido renunciar y apagar el fuego de prueba, guardar la alegría y la paz, y ser una benéfica ayuda?
5. ¿Hemos tenido el valor de vencer nuestro egoísmo, humillarnos por nuestras faltas, de vencer todo con el bien?
6. ¿Hemos traído sólo impresiones del Reino, sido una fuerza irresistible de bien, lleno de vibraciones de gratitud y de alegría?